



:: [portada](#) :: [Opinión](#) ::

07-03-2017

La imaginación al servicio de las canalladas contra Hugo Chávez, por ejemplo

Biografías vemos... canallas no sabemos

Fernando Buen Abad Domínguez

Rebelión

Basta y sobra con que algún canalla tenga la ocurrencia de escribir, por ejemplo, tu biografía para arruinar la obra de una vida. Especialmente si se trata de algún bicho "posmoderno" incubado en los estercoleros estéticos de esas *editoriales* que creen saberlo todo respecto a los "gustos" del "público" o de los "lectores". Especialmente si, ungidos por la creatividad de mercado, escriben "pinceladas de color" como: "en su casa lo tenían por torpe", "gustaba de dormir mucho", "tenía mal aliento" o era un "personaje polémico". Todas esa muecas narrativas son hervideros de canalladas que sirven de "marco literario" para destruir personas. Así han hecho con Marx, Lenin o Trotsky... Hugo Chávez por mencionar algunos de los más calumniados "literariamente" hablando.

Así las cosas, más vale escribirse uno mismo su "biografía" y en defensa propia. Sea uno *conocido* o no, se corre el riesgo de ser usado por cualquier patán *literato* para decorar sus deyecciones. Al fin y al cabo la ética les importa mucho menos que sus negocios y su egolatría. Ya es incontable el número de víctimas que arrastran por la vida el estigma impuesto por un *imaginativo* canalla que se autorizó a sí mismo para echar mano de la vida ajena y deleitar su idiotez de escritor se-dicente. Y abundan como plaga.

Son necesarias leyes, reglamentos y acción política muy enérgicos para frenar la estulticia de esa manía perversa. Son necesarios los críticos rotundos, y los escarmientos sociales más inolvidables, para resarcir a las víctimas denigradas por el manoseo literario de los tinterillos mediocres hambrientos fama y dinero. Especialmente de dinero.

Cuídense aquellos que han tenido episodios "especiales" en sus vidas. Cuídense aquellos que se salvan de la mediocridad reinante y de la andanada de clichés que nos impone la ideología de la clase dominante. Cuídense los bendecidos con alguna *gracia*, con algún talento, con alguna belleza. Cuídense los que encontraron un aporte científico, filosófico o poético. Cuídense los entusiastas y los optimistas, cuídense los líderes populares y sus seguidores. Y también cuídense los que vivieron (o viven) todo lo contrario.

Medran los usurpadores de "anécdotas" que reptan la realidad para llevar a sus madrigueras cualquier destello de vida que puedan manosear bajo sus fines aviesos. Y los hay también en otros géneros. Son arribistas y oportunistas. Hacen suyas las vidas y las ideas de otros por la vía de un tipo de secuestro o de plagio enmascarado con bondad de buen burgués. Y lo hacen parecer tan "natural" que ni las víctimas se percatan convencidas de que alguien, por fin, pone interés en sus vidas. Sin explicar qué tipo de interés. Dicen que el pensamiento y la creatividad no tienen dueño mientras cobran por vender las historias o los argumentos usurpados. Tenemos el horizonte infestado con esas lacras. Y publican con frecuencia.

No pocos de ellos viven como parásitos de otros parásitos. Alguno de ellos, si se encumbra, arrastra consigo jaurías de pupilos entrenados para ir por presas jugosas que entregan



mansamente a los pies de sus ídolos. Acarrear todo tipo de anécdotas, episodios o detalles. Algunas veces hurtan *joyas* con valor histórico a las que sacan el jugo que no tienen. Pero la presa más codiciada es la que escurre en morbo. Eso se paga con creces.

Basta con que alguien padezca un accidente, una pérdida, una desgracia... para que surja de la nada la jauría de escritores que, sin moral y sin permiso, hagan del episodio una mercancía sin importar cuánto cuesta al protagonista de manera directa o indirecta. Negocio es negocio (dicen). No pocas veces ganan premios y aplausos venidos de los jefes y de los ídolos.

El asunto no es un chiste. Pónganse a salvo las excepciones de rigor pero no se omita la gravedad de un vicio ideológico cuya base de sustentación es adueñarse de lo ajeno con toda impudicia e impunidad. No nos cansemos de denunciarlo ni nos agotemos en esas luchas que se dan en los intersticios de la "Batalla de las Ideas". No se trata de "un matiz" intrascendente ni se trata de "episodios aislados". En una manía propia de la lógica de la propiedad privada y de la lógica de mercado que en sus dogmas centrales anida su "derecho" unilateral y permanente a manosearlo todos para convertirlo en negocio de unos cuantos.

Muy rara vez una víctima de tales atropellos tiene oportunidad de defenderse o derecho a resarcirse. Aunque se cambien los nombres o se maquillen los hechos, no son pocas las veces en que es evidente de quiénes se trata y qué acontecimientos se alude. Sea en libros, películas, reportajes o anecdóticos... por alguna parte se devela la identidad de las víctimas. La inmensa mayoría de los casos sin consultar su anuencia ni garantizar la privacidad. Es esa la moral de los mercaderes que es más monstruosa cuando se trata de personas fallecidas que no cuentan con punto de defensa.

Un ejemplo que estremece por lo alevoso y lo injusto es la serie "El Comandante" en la que con desfachatez de mercado se mansea la vida y la obra de Hugo Chávez líder de la Revolución Bolivariana. Por antojo de un guionista-biografía (o de varios) aplaudidos por sus jefes y sus tutores ideológicos, se comete un atropello de consecuencias morales, políticas y humanísticas irreparables. Y lo pasan por la tele, lo anuncian a todas horas y se preparan para repartirse premios bendecidos por una jauría de cómplices iguales o peores (si se puede). Ejemplo acabado, no único ni último, de lo que son capaces y de lo que puede ocurrirle a cualquier persona en la intemperie comunicacional en que nos han dejado los monopolios y sus delincuentes *literarios*. (También)

Debería haber sanción social y penas fuertes. Leyes de los pueblos, democráticas y humanistas. Debería imperar una moral de respeto y de cuidado por la vida ajena, una moral de lucha vigilante de la vida que nos es propiedad de comerciantes sino responsabilidad colectiva. Debería reinar una ética de la Comunicación y de la Cultura, intransigente y escrupulosa, con todo lo que se edita o se exhibe. Rigor con las fuentes y los hechos, rigor con los nombres y con el respeto. Rigor con la responsabilidad jurídica y profesional del que escribe y del que publica. En suma, debiera haber esa justicia comunicacional y cultural que no hemos conocido.



Rebelión ha publicado este artículo con el permiso del autor mediante una [licencia de Creative Commons](#), respetando su libertad para publicarlo en otras fuentes.